

publicados en colaboración. Son notorios en ella el respeto, la confianza y la competencia profesional de los investigadores: aspecto por demás redundante en el trabajo conjunto que ha posibilitado la "génesis de una flora".

Complementan el panorama de la obra de Triana otros aspectos y labores realizadas por nuestro botánico en Europa. En 1867 asume la responsabilidad de organizar una muestra de los productos naturales de nuestro país en la Exposición Universal de París. Fue tal la novedad y la originalidad de la exhibición que con ella obtuvo el Gran Premio en su modalidad, haciéndose acreedor a la medalla de oro y a un premio en efectivo que le hizo más llevadera su estadía en París, que ya era bastante precaria. También asumió Triana el montaje de los pabellones colombianos en las Exposiciones de 1878 y 1889. Otro triunfo personal lo constituyó el permiso que obtuvo, después de veinte años de intentarlo, para consultar los archivos y la iconografía de la Expedición Botánica en Madrid, los que clasificó en familias, géneros y tribus, siguiendo el sistema de Endlicher.

El reconocimiento a su dedicación no se hizo esperar mucho tiempo, pues el gobierno colombiano lo nombró cónsul en París en 1874, cargo que conservó hasta su muerte, ocurrida el 31 de octubre de 1890. Allí alienta a los compatriotas que lo visitan, de los cuales hay testimonios elocuentes de su hospitalidad y modestia. Inclusive, en una encuesta realizada por el Papel Periódico Ilustrado de Urdaneta, en los años ochenta del siglo pasado, sobre los colombianos más destacados, figura Triana en un tercer lugar, no obstante su larga ausencia del país. Pero tal vez sus ideas radicales en materia política y el hecho de que su muerte ocurriera en tiempos de la Regeneración, hicieron que su nombre y su eminente labor científica quedaran excluidos de la memoria colectiva. Por eso su figura se nos asemeja a esos cometas que vuelven de vez en cuando a cruzar tangencialmente la órbita de este planeta amnésico.

A fines del año pasado y para conmemorar el centenario de su muerte,

se efectuó en la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá, una exposición de sus manuscritos y documentos botánicos, libros y muestras de su herbario, además de un catálogo de sus obras, como una contribución al conocimiento del "mayor botánico sistemático colombiano", en la opinión autorizada de los autores de la *Génesis de una flora*.

RICARDO RODRÍGUEZ MORALES

## Más claro no canta un gallo

El refrán antioqueño en los clásicos

Jaime Sierra García

Ediciones Autores Antioqueños, Medellín, 1990, dos tomos, 726 págs.

Dos tomos ha ocupado Jaime Sierra García en este estudio paremiológico. Hasta parecen insuficientes para recopilar tan vasto material, porque la verdad es que la mayor parte de nuestras expresiones son refranes y dichos. Este texto es valioso por recoger todos —sin exagerar— los refranes oídos, escritos y leídos y usados en Antioquia; y también por la manera como están presentados y la investigación que hay detrás, no sólo de Sierra García sino de otros autores.

El profesor Jaime Sierra García ha escrito sobre sociología, historia, folclore y teoría política principalmente de Antioquia. Es un entusiasta buscador de refranes, y un estudioso de los orígenes y de su historia, y ha dedica-



do estos dos tomos a contarnos del refrán. "El refrán no tiene patria —dice—. El apatridismo del refrán lo universaliza en el campo de los valores absolutos". No obstante, se va a buscar los orígenes, se interna en la sociología del refrán de manera amena y erudita. Encuentra que donde está el hombre está el refrán; lo define y lo sitúa en Antioquia, tierra rica en expresiones populares, donde las fronteras entre mito, leyenda y sentencia se borran, y donde aparece el sentido del humor picante y de la exageración paisa: "Antioqueño no se vara", "Con maña, dijo la araña", "Las cosas valen lo que den por ellas", "Volador hecho, volador quemao".

Con la lectura del texto se descubre el interés del autor por la palabra, lo que ella representa y expresa aquí y allá, el sonido, los usos, abusos, el humor y sus posibilidades en versos, adivinanzas, voces, vocablos. Gozando encuentra y cuenta la riqueza de anécdotas regionales que hablan de la idiosincrasia paisa como el principio de comparación y exageración más que conocidos. "Arepá, pan y pedazo" desea el angurrioso. Este libro contiene eso y más, pues va hasta la escatología. A medida que va adentrándose en la historia de la colonización antioqueña, en la historia del maíz, de los frutos tropicales, va relacionando los refranes y los dichos usados.

"Adios chicha, calabaza y miel" es el aporte americano a la fábula *La lechera*, dice. Con la llegada de los españoles —no sabemos si los indígenas tienen refranes y dichos—, y el proceso de mezcla, el indio y el negro son incorporados inmediatamente. "Indio que quiere ser criollo, al hoyo", "Negro, ni la cogedera". Al autor le gusta deleitarse con las voces: si el origen es chibcha, por ejemplo, las compara, enriqueciendo la idea, el dicho, y encontrando que todo finalmente es una gran mezcla de mezclas. Va a las cosmogonías katías, luego por el camino del café va a la colonización, al cultivo y a la arriería. El arriero que grita sus voces es un cantor que comunica y/o se burla. Aparecen también la relación campo-ciudad, la emigración, la violencia, la mujer, los oficios, la vida cotidiana, los refranes agrícolas, médicos, me-

teorológicos, de la psicología de la gente, del juego, de la nacionalidad, hasta las frases proverbiales usadas por Bolívar y oídas en Antioquia. Todo esto, estudiado y comparado, lo entrega en listas de páginas. "A paso que dure y no que madure", "Una cosa piensa el burro y otra el que lo esta enjalmando", "Habló el buey y dijo mu", "Anunciar es vender", "Antioqueño no se vara". La génesis del refrán antioqueño es de procedencia sociológica: "En Antioquia los refranes que se consideran vernáculos hacen alusión al medio geográfico, brotan de las relaciones sociales del trabajo en la minería, en la agricultura, en la arriería, surgen de las emigraciones o colonizaciones, es decir, se desprenden de las múltiples relaciones estructurales de la sociedad" (pág. 134).

Introduce otras figuras afines al refrán, como el dicho, el adagio, el proverbio, el apotegma, y se mete en la verdadera sabiduría del refrán, repitiéndose a menudo al tocar una y otra vez el tema. Sin embargo, el autor se da cuenta de que a veces "he perdido el estribo que me servía para dominar la cabalgadura literaria" (pág. 95) y es que "el que mucho abarca poco aprieta". Así desde el Arcipreste de Hita, pasando por unos clásicos: Cervantes, Marco Fidel Suárez, Tomás Carrasquilla, Fernando de Rojas, Erasmo, Garcilaso de la Vega, la picaresca española, y hasta las fábulas de La Fontaine e Iriarte, el autor estudia refranes y dichos y compara y presenta. "El hábito no hace al monje" es adaptado del proverbio egipcio "El traje de lino no hace al sacerdote de Isis"; como quien dice: "el mismo perro con distinta guasca".

También busca los refranes griegos, los de las bellas artes, filosofía, religión, mitología, literatura, y en todos ellos va hasta el origen mismo, la procedencia foránea, religiosa, histórica, griega, romana, española, mora, etc. Imposible comentar todos los temas que toca y entrelaza este estudio.

El segundo tomo está dedicado a presentar los dichos y refranes que aparecen en las obras completas de Tomás Carrasquilla; recoge el refrán, el párrafo del texto donde aparece, el

significado, y hace el comentario o lo compara con otros refranes similares aparecidos en el Quijote o en otro texto.

Al final presenta una amplia bibliografía sobre el tema, un índice por título, nombre y materia. *El refrán antioqueño en los clásicos* es más que eso: es un documento valioso y rico en su conjunto.

DORA CECILIA RAMÍREZ

## A sus marcas

### Los juegos Olímpicos en la antigüedad

Manuel Briceño Jáuregui, S. J.

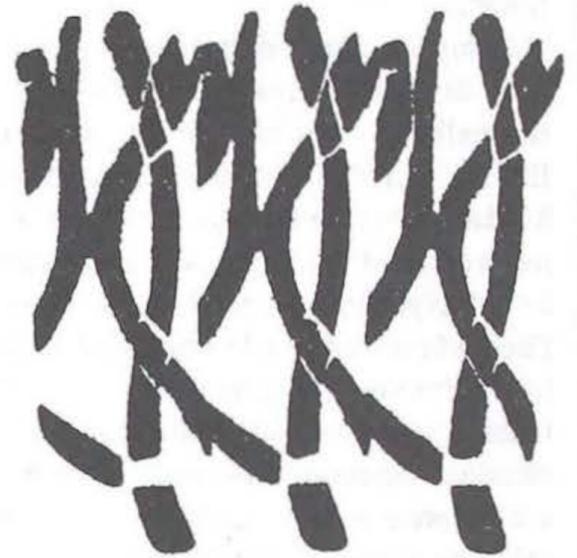
Instituto Caro y Cuervo, Series Minor, Bogotá, 1990, 222 págs.

Se cuenta que el filósofo Pitágoras de Samos era altamente supersticioso y que propaló doctrinas igualmente supersticiosas. Según una de ellas, los atletas podían comer carne sin disminuir, antes bien aumentando, su rendimiento en las competencias. Los griegos eran esencialmente vegetarianos. Gracias a su consejo, digno de cualquier estrategia moderno, el atleta Eurimenes fue el primer carnívoro que obtuvo un título de campeón olímpico.

Según se desprende de estas agradables páginas, además de cumplir una función social y de ser fuente de salud y de buen humor, el deporte parece interesar a toda una cultura y ser a un tiempo fuente infinita de anécdotas y de fábulas placenteras. Eso lo sabían muy bien los griegos y tal vez por ello inventaron los juegos olímpicos.

No es frecuente la reseña, en este boletín, de libros de algunas de las series que publica el Instituto Caro y Cuervo. Por una vez siquiera deseo entrar en el mundo complicado y erudito de las Series Minor, usualmente reservadas a los especialistas en lingüística, para destacar la publicación en ellas de dos breves estudios del padre Manuel Briceño Jáuregui, actual presidente de la Academia Colombiana de la Lengua, sacerdote nortesantandereano experto no sola-

mente en los intrínquilis de la lengua castellana sino en varias lenguas muertas y en todo lo que concierna a la cultura griega y a su hija mayor, la latina.



El libro que hoy reseñamos es una continuación o un complemento al número XXVII de la serie, *Los gladiadores en Roma. Los juegos olímpicos en la antigüedad* merece la reseña ante todo porque está dirigido al gran público; es más, a aquellos que manejan el léxico típico del deporte. El principal aporte que ha hecho el erudito en este caso consiste en la traducción de un lenguaje arcaico e incomprensible a términos trajinados por cualquier locutor radial. Al leer este libro a veces parece que el que hablara fuera el doctor Hernán Peláez Restrepo y no un muy sapiente ratón de biblioteca. No en vano una amplia experiencia educativa permite que el pedagogo reemplace con creces al erudito. Vale decir que los estudiosos del deporte —usualmente tan faltos de todo soporte teórico— no tienen excusa válida para desconocer a partir de ahora el origen y desarrollo de sus epígonos de la antigüedad.

El padre Briceño se sumerge con paso seguro en los recovecos de Olimpia a través del método que hiciera famoso Fustel de Coulanges, es decir: a través de las fuentes primarias, del testimonio de los propios griegos, antes que del de sus comentaristas modernos.

El origen de los juegos olímpicos está perdido en la niebla de los tiempos y de los mitos: Prometeo; Heracles, inventor de las carreras pedestres; el olivo de la victoria, traído del